



CHARLES PÉGUY: EL POETA DE LA PATERNIDAD DE DIOS

Mesa Redonda del VI EFCSM 2011

Nicolas Faguer

© 2011. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

Citación de procedencia.

Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.

Exclusión de todo fin de lucro.

© 2011. Fundación MAIOR

Desengaño 10, 3º A 28004 Madrid 91 522 76 95 info@maior.es www.maior.es

CHARLES PÉGUY: EL POETA DE LA PATERNIDAD DE DIOS

Charles Péguy (1873-1914) y Hans Urs von Balthasar (1905-1988) tienen en común que acaban sus vidas -literaria y cristianamente riquísimas- poniendo el mismo pasaje evangélico al centro de todo: “Si no os hacéis como este niño, no entraréis en el Reino de los cielos.” Ya sabemos como Balthasar dejó a su muerte un pequeño opúsculo que lleva este versículo en el título. El librito es la suma de una vida y, por eso no tiene mucho sentido buscar las fuentes. Sin embargo, podemos pensar que Balthasar tenía en el trasfondo de su meditación una obra de Péguy que le gustó mucho por ser un redescubrimiento de la infancia espiritual: *El Misterio de los Santos Inocentes*¹.

Este *Misterio* es conocido como el poema de la paternidad de Dios. La parábola del “hijo que se había ido y volvió” abrió a Péguy el misterio del corazón del Padre. Como poeta ha sido capaz de encontrar palabras maravillosas para expresar la inconcebible ternura de Dios:

*Padre nuestro que estás en el cielo. Mi hijo les ha dicho suficientes veces que yo soy su padre. Yo soy su juez. Mi hijo se lo ha dicho. Soy también su padre. Soy sobre todo su padre. En fin, soy su padre. El que es padre es sobre todo su padre.*²
Y ahora tengo que juzgarles como un padre. ¡Total, para lo que un padre puede juzgar! *Un hombre tenía dos hijos.*
¡Para lo que es capaz de juzgar! *Un hombre tenía dos hijos.* Ya se sabe cómo juzga un padre. Hay un ejemplo conocido.
Ya se sabe cómo juzgó el padre al hijo que se había ido y volvió.
Y todavía era el padre el que más lloraba.
Eso es lo que mi hijo les ha contado. Mi hijo les ha confesado, incluso, el secreto del juicio.³

Este gran poema ilumina también el paradójico camino del que en su juventud fue de extrema izquierda y no quiso nunca hablar de conversión. Dijo que había caminado siempre en la misma dirección, y que lo que buscaba entonces lo encontraba ahora en la Iglesia. Le gustaba decir que todo lo hizo ahondando constantemente en su propio corazón. Y es así como no tuvo nunca que abandonar un ideal central de su socialismo: la libertad. Llegó un día en que se dio cuenta de que todas sus luchas apasionadas por defender la libertad humana contra todas las formas de opresión (política, académica, religiosa) entraban naturalmente a formar parte de las intenciones de otro aún más grande apasionado de la libertad: Dios Padre. *El Misterio de los Santos Inocentes* muestra este paso. Se manifiesta aquí un segundo aspecto de la paternidad divina: la pasión del Padre por la libertad del hombre y, en consecuencia, la tarea educativa que despliega para despertar la libertad de su criatura y que así de niño se haga hombre maduro. La figura del hombre maduro y la educación divino-paterna de la criatura corresponden a lo que Balthasar llama el “niño sintético” y a lo que trata en el capítulo titulado “devenir niño”. Pero mientras Balthasar sigue el movimiento ascendente del hombre que se hace hijo y niño en y por el Hijo y vuelve con Él hacia el Padre, Péguy mira este mismo proceso desde arriba. Y desde el punto de vista del Padre, nos muestra primero quién es este niño sintético y luego lo que hace el Padre para hacernos niños. Así entendemos que el mandamiento de “hacerse como este niño” se puede cumplir solamente de una manera. No se trata de “inventar” caminos hacia la infancia espiritual sino de “descubrir” la educación divino-paterna que Dios está realizando ahora con nosotros para luego someternos alegremente a ella, dejarnos llevar, o, en los términos de Teresita y también de Péguy: abandonarse a ella.

¹ Citamos según la traducción de Maria Badiola Dorronsoro en *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid, 2008.

² *El Misterio de los Santos Inocentes*, p. 379.

³ *El Misterio de los Santos Inocentes*, p. 381.

Con la expresión bastante rara de “niño sintético”⁴ (que proviene del poeta Novalis), Balthasar quiere definir la infancia superior que es la síntesis entre lo más precioso del estado primero y lo valioso del estado adulto. En esta nueva infancia, el hombre maduro vuelve a vivir de “lo originario por excelencia”⁵, “el amor libre y gracioso”⁶ que “da sin cálculo”⁷. A este hombre que ama libre y gratuitamente, como un niño, Péguy lo llama el hombre verdadero. San Luís rey de Francia es el ejemplo que tuvo siempre ante los ojos, mientras que el esclavo de Oriente representa el estado de adulto que todavía no ha llegado a la perfección infantil-madura del amor. Es Dios que comenta:

Quando se ha visto a san Luis de rodillas, ya no apetece ver
A esos esclavos de Oriente tendidos en el suelo
Cuan largos son, boca abajo, en el suelo.
Todas las inclinaciones del mundo
No valen la hermosa y recta genuflexión de un hombre libre.⁸

¿Eso significa que ya no hay que temer más a Dios? Sí, hay que temer a Dios, pero justamente es temor y no miedo, un temor “lleno de amor como un fruto henchido de jugo. No un temor cobarde, bajo, medio sucio que surge del vientre... El miedo a no parecerme agradable y amante y amado bajo mi mirada.”⁹ Péguy ha sido padre de tres hijos, un cuarto le nació después de morir en la primera guerra mundial. En páginas inolvidables de *Véronique, diálogo de la historia y el alma carnal*, ha llamado al padre de familia “el aventurero, el aventurero real, el verdadero aventurero del mundo moderno”, “cuya misma vida es una aventura, el mismo tejido de su vida, la tela trigueña, el pan cotidiano.”¹⁰ Él sabe lo que alegra profundamente el corazón de un padre: el amor más que el miedo. Y por eso la paternidad se cumple en el momento secreto cuando ya no hay más sumisión, sino miradas de hombres que se cruzan:

Preguntad a un padre si no hay una hora secreta,
Un momento secreto...
Si no hay una elección entre todas
Y si no ocurre acaso
Precisamente cuando desaparece la sumisión y sus hijos hechos hombres
Le quieren (le tratan), por así decirlo, como concedores,
De hombre a hombre,
Libremente,
Gratuitamente. Le estiman así.
Preguntad a un padre si no sabe que nada vale tanto
Una mirada de hombre que se cruza con otra mirada de hombre.¹¹

⁴ *Si no os hacéis como este niño*, p. 18.

⁵ *Si no os hacéis como este niño*, p. 23.

⁶ *Si no os hacéis como este niño*, p. 29.

⁷ *Si no os hacéis como este niño*, p. 30.

⁸ Citamos según la traducción de Maria Badiola Dorronsoro en *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid, 2008, p. 398-399.

⁹ *El Misterio de los Santos Inocentes*, p. 399.

¹⁰ *Verónica, dialogo de la historia y el alma carnal*, Editorial Nuevo Inicio, Granada, 2008, p. 114.

¹¹ *El Misterio de los Santos Inocentes*, p. 419.

Ahora el salto en la mirada del Padre eterno:

Pues bien, yo soy su padre, dice Dios
Y lo daría todo
Por una bella mirada de hombre libre.¹²

Que Dios lo daría todo por una bella mirada de hombre libre nos revela que su espera no es una espera pasiva. Dios lo hace todo y esto es justamente la parte más activa de su paternidad: intentar despertar en el hombre su misma mirada libre y gratuita. Una preciosa imagen sirve aquí al poeta para describir la educación del corazón del hombre por parte de Dios. En esta imagen se ve desde arriba cómo “devenir niño”. Es la imagen de un padre que enseña a su hijo a nadar poniéndole la mano bajo el vientre y que tiene dos sentimientos contradictorios:

Pues por una parte si le sostiene siempre y si le sostiene demasiado
El niño se confiará y nunca aprenderá a nadar.
Pero por otra, si no le sostiene en el momento justo
Ese niño beberá un mal trago.
Así yo, cuando les enseño a nadar en sus pruebas
También estoy dividido entre esos dos sentimientos.
Pues si los sostengo siempre y los sostengo demasiado
Nunca sabrán nadar ellos solos.
Pero si no les sostengo en el momento justo
Esos pobres hijos quizás beban un mal trago.
En eso está la dificultad, la doble cara del problema.¹³

La doble cara del problema es simplemente la cuestión de la distancia justa: ¿Cómo distanciarse lo suficiente para despertar la libertad pero evitando que se vuelva hacia lo malo? Éste es el problema central de toda educación, y Péguy nos muestra que el Padre no tiene soluciones prefabricadas. Está metido con cada uno de nosotros en el drama educativo. “No me sobra nada de toda la sabiduría de mi Providencia... Qué medida hace falta que guarde, y cómo calcularla.”¹⁴ No sabe por anticipado si ese niño en concreto aprenderá a nadar, si sabrá pasar a través de las pruebas de la vida como a través de tantas oportunidades de crecer en libertad y gratuidad. No sabe y sólo puede esperar. ¿Y nosotros? Nosotros descubrimos con esta maravillosa parábola de Péguy un sentido nuevo del “devenir niño” de Balthasar. Desde el punto de vista del proyecto del Padre, hay que hacerse como este niño que nada. El niño en realidad no sabe en qué aguas la vida lo pondrá, si en aguas de piscina, de arroyo, de lago o de mar. Tampoco sabe si el estilo braza será suficiente para pasar las olas o si tendrá que aprender también el crol y quizá la mariposa. Pero sabe que habrá que nadar todos los días de esta vida hasta que llegue el día en que el Padre lo saque del agua. Y en aquel día se mirarán finalmente cara a cara, hombre a hombre, libremente, gratuitamente, y se tratarán, como Péguy diría, como conocidos.

Y hasta que venga el día de salir del agua, tenemos otra ayudante que nos enseña a nadar en las pruebas de la vida: *advocata nostra*, la abogada nuestra, la Virgen María. No podemos acabar la presentación de la paternidad de Dios en la obra de Charles Péguy sin mencionar la parte esencial que está reservada a la Virgen en la educación del hombre a la gratuidad del amor. Péguy descubrió este papel mariano durante la peregrinación que hizo a Chartres en días de gran crisis interior. En el camino se le cayeron todas las impurezas y cuando se arrodilló a los pies de la Madre, recibió el don de la nueva

¹² *El Misterio de los Santos Inocentes*, p. 419.

¹³ *El Misterio de los Santos Inocentes*, p. 397.

¹⁴ *El Misterio de los Santos Inocentes*, p. 420.

infancia. En sus oraciones en la catedral, confiesa: “Aquí es el lugar del mundo donde todo se hace niño, especialmente este hombre mayor con su barba gris.”¹⁵ Cuando Balthasar acaba su libro con un capítulo sobre “La Madre, niña fecunda”, se hace eco de la experiencia de Péguy: no se puede “devenir niño” sin la mediación de María.

¹⁵ *Cinco oraciones en la catedral de Chartres. Oración de residencia.*